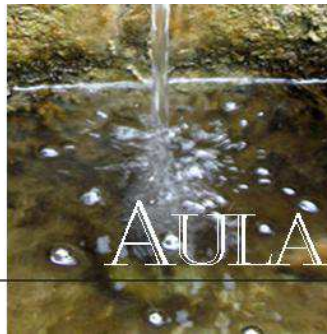




Pontificio Instituto Juan Pablo II
para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia

Secretaría de Madrid



AULA MAGNA

MATRIMONIO Y LIBERTAD

CARDENAL CARLO CAFFARRA

Cardenal Arzobispo Emérito de Bolonia

Primer Presidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia de Roma

Instituto Berit de la Familia y Cátedra "Santa Teresa de Jesús" de Estudios sobre la Mujer

II Jornadas "Mujer, familia y sociedad"

Universidad Católica "Santa Teresa de Jesús"

Ávila, 8 de noviembre de 2016

La libertad del consentimiento, mediante el cual el hombre y la mujer constituyen la alianza conyugal, siempre se ha reconocido en la cultura occidental. Ya el Derecho romano afirmaba: *consensus facit nuptias* (el consentimiento hace el matrimonio). También la Iglesia desde siempre ha sostenido y defendido en su Derecho esta libertad [cfr. por ej. H. Denzinger-P. Hünermann, *Enchiridion symbolorum*, 643].

Lo que a menudo se ha puesto en cuestión es si el libre consentimiento constituye un vínculo que ya no está a disposición del consentimiento de los dos, o por el contrario, salvaguardados eventuales derechos adquiridos, si el vínculo no obliga la libertad indisolublemente. La pregunta que a lo largo de los siglos ha acompañado al hombre occidental ha sido: "ya que nuestra libre voluntad es la que ha creado el vínculo, ¿no podría la misma libre voluntad disolverlo?". Es el problema de la indisolubilidad del matrimonio en relación a la libertad de los cónyuges.

El tema es muy complejo. Procederé del siguiente modo. En la primera parte, trataré de describir la experiencia y el concepto de libertad presentes en la modernidad occidental. Inmediatamente explicaré por qué comienzo por aquí. En la segunda parte expondré brevemente la doctrina cristiana del vínculo conyugal y sus implicaciones filosófico-antropológicas. Terminaré con algunas reflexiones conclusivas.

1. LA LIBERTAD en la MODERNIDAD

La idea y la experiencia de libertad que se desarrolla y vive en la modernidad, ha planteado de manera totalmente nueva la relación matrimonio-vínculo matrimonial y libertad. El tiempo razonable de una conferencia me pide ser muy sintético.

Pienso que el inicio de la libertad de los modernos podría situarse o al menos se expresa con la máxima claridad por un famoso teólogo español, Luis de Molina [Cuenca 1536–Madrid 1600]. Él define la libertad considerada en su más alta expresión, la elección, como **indiferencia** respecto a lo que puedo elegir. Tengan el cuidado de evitar pensar la indiferencia de la que hablamos, como una actitud ética: "eres indiferente ante la miseria del prójimo" por ejemplo. Este término define la *naturaleza* de la libertad de elección. «Plena manifestación de la libertad es poder elegir indiferentemente —es decir, "arbitrariamente— entre X e Y» [C. Vigna (eds.), *La libertà del bene*, Vita § Pensiero, Milano 2010, p. 186]. Préstese atención, porque se trata de un verdadero punto de inflexión. Para darnos cuenta, hagamos una breve comparación con el concepto de libertad de elección que tenía Tomás de Aquino, también en esto heredero de toda la tradición de los Padres de la Iglesia. Para Tomás la raíz de la libertad de elección

no consiste en el hecho de que sea *originariamente* indiferente respecto a los objetos de posible elección. La libertad radica en el hecho de que la persona humana está naturalmente orientada al Sumo Bien, y no encuentra entre los bienes finitos y limitados lo que naturalmente busca. La libertad de elección manifiesta la emergencia, la superioridad de la persona respecto a todo el mundo creado, sobre cualquier bien contingente. Porque la persona está destinada al Bien Eterno. Ningún bien la puede mover a actuar: ella se auto-determina ante la elección. Ello no significa que sea neutral. Hay objetos que se ordenan al Bien último, y la persona se orienta *naturalmente* a ellos; hay objetos que no pueden ordenarse al Bien Supremo.

La necesidad de la originaria orientación hacia el Bien Supremo no destruye la libertad, la hace posible. Hasta tal punto, que en la vida eterna, en la visión inmediata de Dios, necesidad y libertad coinciden: los beatos no pueden no amar al Dios que ven; pero permanecen soberanamente libres de amar a Dios.

¿Cuándo nace la nueva idea de libertad? Cuando se niega toda orientación *natural* a Dios; cuando se niega que la dirección de la persona tenga un sentido *pre-ordenado*. La libertad carece en sí misma de orientación.

Llegados a este punto alguno podría preguntarse: si esta es mi libertad, ¿por qué no debe matar a un inocente, no debo cometer adulterio, desde el momento en que ser libre significa ser indiferente ante cualquier posible conducta? La respuesta es: porque Dios lo prohíbe. La otra cara del nuevo concepto de libertad es el concepto voluntarista de la ley divina. Es la ley la que elimina la indiferencia originaria de la libertad, limita la libertad. Libertad y ley son inversamente proporcionales.

Hoy esta interpretación ha encontrado su configuración conceptual definitiva porque ha llevado hasta el final su lógica interna. Este hito puede describirse del siguiente modo: la separación (del ejercicio) de la libertad de la verdad sobre el bien/mal de la persona como tal. Ha sido el gran Pontífice San Juan Pablo II, en la Encíclica *Veritatis Splendor*, el que ha llamado la atención, sobre todo a los Obispos, sobre este punto, considerado el *corazón* del drama del hombre moderno. Me detengo un momento.

La ley moral aunque normalmente se describa en términos prescriptivos, en realidad expresa la verdad acerca del bien/mal de la persona. Podríamos decir: la ley moral expresa la verdad de la persona humana confiada a la libertad [*veritas agenda/veritas practica*].

Si se niega esta relación intrínseca de la libertad con la verdad, se vive la experiencia de la libertad como un itinerario carente de meta: un vagabundear y no un peregrinar. Se comprende entonces cómo Sartre haya podido escribir que estamos *condenados* a ser libres.

Si se niega la relación libertad-verdad, la libertad está continuamente expuesta a cualquier violencia. Huir de la relación con la verdad, quiere decir huir de uno mismo, exiliarse de uno mismo, alienarse. Ante el poderoso de turno no tenemos ya ninguna barrera que mostrar, que no sea lícito a nadie traspasar. La existencia en la persona de un núcleo intangible es uno de los grandes significados del martirio.

Llegados a este punto de nuestra reflexión, retomemos la afirmación de la que hemos partido: el libre consentimiento matrimonial crea un vínculo indisponible para los esposos que lo han constituido. Intentad introducirla en el contexto del concepto y de la experiencia de la libertad separada de la verdad, que la modernidad ha configurado, y comprenderéis rápidamente que aquella afirmación, en este contexto, es sencillamente impensable. El principio fundamental, de hecho, que regula hoy el divorcio puede formularse del siguiente modo: **somos esposos si y mientras decidamos libremente serlo.**

Esta es una de las principales manifestaciones más inequívocas de a tiranía del presente, del instante presente, que nos ha hecho olvidar el pasado; es decir, la memoria, y nos impide mirar al futuro, es decir, tener esperanza.

Si no me equivoco, el primero que teorizó este modo de pensar la relación de la libertad con el propio estado de vida, fue Lutero, hablando de los votos religiosos [cfr. D.C.Schindler, *The crisis of marriage as a crisis of Meaning. On the sterility of the modern Will*, in *Communio*, Summer 2014, pp. 336-344].

2. VÍNCULO MATRIMONIAL Y LIBERTAD en la DOCTRINA CRISTIANA

En esta segunda parte de mi reflexión quisiera presentaros la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y la libertad.

Parto de la doctrina cristiana católica sobre el vínculo conyugal, formulándome una pregunta: ¿por qué el vínculo conyugal no está a disposición de quién con libre consentimiento lo ha creado? La respuesta es: porque es una realidad sacramental. Los teólogos dicen: es una *res et sacramentum*. ¿Qué significa?

Para comprenderlo, es necesario tener presente una verdad de fe según la cual, mediante y en los sacramentos es Cristo mismo el que actúa. **Los sacramentos son acciones de Cristo.** La persona humana que celebra, habitualmente el sacerdote es solo un ministro de Cristo; es decir, la causa instrumental. A los Padres de la Iglesia les gustaba repetir: ni Pedro, ni Pablo, ni Juan bautizan, sino Cristo. Esto es verdad también en el matrimonio entre dos bautizados, los cuáles son solo ministros del sacramento. Mediante el libre consentimiento de los esposos, es Cristo mismo el que actúa en ellos. ¿Qué realiza?

Cristo constituye entre los cónyuges que celebran el rito, el vínculo conyugal, por el cual la mujer se convierte en esposa de aquel hombre y el hombre en esposo de aquella mujer. Lo importante es comprender que la causa principal de su ser marido y mujer no es su libre consentimiento. **La causa principal es Cristo; es Él el que los une como marido y mujer.** Por lo tanto, cuando Jesús dice: lo que Dios ha unido no lo separe el hombre, sus palabras tiene un significado real. Dios en Jesucristo ha actuado, y ninguno, Papa incluido, puede anular lo que Dios ha hecho.

Pero esto no es todo. Los teólogos dirían: esta es la *res*, a realidad del vínculo. Pero el vínculo es también *sacramentum*, es decir, significa un gran Misterio. El vínculo que Cristo ha constituido entre los dos, es el signo de un vínculo más grande, el vínculo que une a Cristo y la Iglesia. ¿Qué quiere decir signo? Quiere decir que el vínculo conyugal participa del vínculo que une a Cristo y la Iglesia; que el vínculo que une a los dos esposos, mora en el vínculo que une a Cristo y la Iglesia. Está como injertado en el vínculo Cristo-Iglesia. Jesús compara su unión con los discípulos con la vid y los sarmientos. Es lo que acontece en la relación entre los dos esposos y Cristo-Iglesia.

De esta doctrina deriva que la indisolubilidad del matrimonio no es principalmente una exigencia moral que obliga la libertad. Los dos se intercambian una promesa, y las personas honestas mantienen la palabra dada: *pacta sunt servanda*. No es ante todo una ley divina positiva. Es un don de Cristo, es una gracia. Después cada gracia se convierte en una tarea: es Cristo el que os ha unido, por tanto, no debéis ya separaros.

Esta doctrina implica una visión de la persona humana, de la libertad, de la sexualidad. Implica una antropología, que ahora me propongo explicitar.

Todos aquellos que han reflexionado sobre esta problemática están de acuerdo en que en cada amor conyugal serio está inscrito el “PARA SIEMPRE”. Ningún hombre puede seriamente dirigirse a una mujer y decirle: “te amo con todo mi ser por media hora”. ¿Por qué el “para siempre” es intrínseco a la lógica del amor conyugal? Porque es una experiencia de pertenencia recíproca de dos personas. He dicho personas. Este es el punto central de la antropología que subyace en la doctrina cristiana del vínculo conyugal.

Cuando digo “persona” hablo de un sujeto espiritual, unido sustancialmente a un cuerpo. Es un yo que se posee a sí mismo en razón de su libertad. La persona es en el plano del ser lo que es supremo: no se puede ser más que persona. Y por tanto, la persona no puede ser usada jamás para alcanzar un fin que no sea el bien de la persona, puesto que no existe nada más precioso que la persona. Si no se intuye el sumo valor de la persona no se comprende nada del cristianismo.

Dado el sumo valor de la persona, puede pertenecer a otro solo *mediante el don de sí* al otro. Esta forma de pertenencia tiene una especificidad que la hace única. La persona puede donar al otro lo que tiene; puede donarse a *sí misma*. La diferencia es fundamental. La primera forma es cuantificable, mensurable.

A un pobre puedo donarle 100 ó 1000 euros; puedo, si soy médico, ponerme a disposición de Cáritas para ejercer gratuitamente la profesión un día o tres días a la semana. Pero el “SÍ MISMO”, el propio yo no es cuantificable: o el don es total o es nulo. O todo o nada. El yo es espíritu subsistente, y el espíritu no es “extenso”, no es un *quantum* que puedo medir.

Este hecho implica que el sujeto, la persona sea libre, es decir, que se posea a sí misma [el don de sí implica la posesión de sí: no se dona lo que no se posee], e implica la capacidad de autodeterminarse.

La persona humana es entonces también su cuerpo, y no **tiene** simplemente un cuerpo. Es una persona-corporal. El don de sí implica también el cuerpo, de otro modo, no es total. La implicación consiste en el hecho de que el cuerpo es el lenguaje de la persona, y a través de él la persona se expresa a sí misma. Esto sucede de forma eminente en la unión sexual conyugal, en la cual los dos esposos se convierten en una sola carne. La feminidad y la masculinidad son las dos formas a través de las cuáles la persona expresa y realiza el don de sí. La doctrina cristiana del vínculo implica, por lo tanto, también una visión concreta de la sexualidad humana: es el lenguaje del don.

Mediante el cuerpo la persona se sitúa dentro del tiempo, dentro del transcurrir del tiempo. En cuanto el vínculo conyugal implica la totalidad del don, debe asumir el tiempo, el transcurrir del tiempo. El “PARA SIEMPRE” es la asunción del tiempo en el don. La pertenencia del uno al otro, creada por el don de sí, recoge por así decir, en el instante del intercambio del libre consentimiento todo el transcurrir del tiempo, “hasta que la muerte nos separe”. Es este el significado más profundo de “PARA SIEMPRE”. En el lenguaje ético se llama FIDELIDAD. Es más que la perseverancia.

Pero, ¿cómo es posible una tal elevación de la persona sobre el transcurrir del tiempo? Es posible porque la persona posee una identidad supratemporal, que no se puede confundir con la suma de los múltiples estados emocionales que atravesamos. En términos más técnicos: nuestra verdadera identidad no está constituida por el yo empírico, sino por el yo metafísico. Es aquí donde se encuentra la libertad. Cuando hablamos del don de sí, hablamos del don de la propia persona en este sentido profundo.

Por último, el don de sí no puede no ser eminentemente personal: de persona a persona, en la irrepitibilidad propia de cada uno.

Intento resumir lo dicho hasta aquí. La doctrina cristiana sobre la relación vínculo matrimonial-libertad implica una antropología. Esa puede expresarse en las siguientes proposiciones.

- 1) La persona humana es sujeto espiritual-corpóreo, que subsiste en sí mismo, y a causa de su libertad se posee a sí misma y se autodetermina.
- 2) La persona humana se realiza plenamente en el don de sí misma [cfr. Conc.Vat.II, Cost.Past.*Gaudium et spes*,24], el cual puede darse solo entre personas.
- 3) El vínculo conyugal, tal como lo piensa la Iglesia, radica en esta constitución ontológica de la persona humana.
- 4) La sexualidad humana es su doble lenguaje de la masculinidad y feminidad es el lenguaje del don.
- 5) Pertenece a la misma estructura del don de sí que se realiza en el matrimonio el ser total, para siempre, exclusivo.
- 6) La libertad es la capacidad de amar, es decir, de entregarse.

3. REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Si ahora comparáis las tesis antropológicas anteriores y la visión del hombre que constituye nuestro *mainstream* (pensamiento dominante) en Occidente, no es difícil darse cuenta de que entre las dos existe un contraste radical; contraste que al final puede expresarse del siguiente modo: el hombre es PERSONA, dice la propuesta cristiana; el hombre es INDIVIDUO, según el pensamiento dominante de Occidente. No por casualidad el Santo Padre Francisco ha hablado de una guerra mundial contra el matrimonio.

No tenemos ahora tiempo para mostrar como la concepción individualista hace impensable, no solo impracticable, la propuesta cristiana del matrimonio: en sí misma y en sus presupuestos antropológicos. Solo un apunte. Si el hombre es un individuo, estructuralmente imposibilitado para dar un paso más allá de sí mismo, puede relacionarse con otro solo en la forma del contrato, el cual por su propia naturaleza es rescindible por parte de los contrayentes. No existe un vínculo de carácter ontológico entre individuos. Hablar de una realidad matrimonial como el vínculo, que toca al ser mismo de la persona, no tiene sentido.

¿La Iglesia debe entonces resignarse a celebrar el matrimonio de aquellos que lo piden, siempre cada vez menos? No, no debe resignarse.

Debe poner en práctica dos estrategias. La primera: hacer una verdadera pastoral del vínculo, como pide el S. Padre Francisco en *Amoris laetitia*. La segunda: poner en marcha un fuerte proceso educativo, en el cual la Iglesia desarrolle dos tareas: una modesta, la otra extraordinariamente grande.

La primera, consiste en que la Iglesia se convierta en la *comadrona* que ayuda al hombre a nacer a sí mismo. Que le ayuda a comprender quién es el hombre. La segunda, consiste en ayudar al hombre a realizarse en un modo *verdaderamente libre y libremente verdadero*. Esta ayuda se la ofrece a través de los medios sobrenaturales de la salvación, que la Iglesia pone a su disposición. ■

(TEXTO ORIGINAL)

La libertà del consenso, mediante il quale l'uomo e la donna costituiscono il patto coniugale, è sempre stata riconosciuta nella cultura occidentale. Già il Diritto romano recitava: *consensus facit nuptias*. Anche la Chiesa ha sempre sostenuto e difeso nel suo Diritto questa libertà [cfr. per es. DH 643].

Ciò che invece è stato spesso messo in questione è se il libero consenso costituisca un vincolo non più a disposizione del consenso dei due, oppure se, salvaguardati eventuali diritti acquisiti, il vincolo non obbligasse la libertà indissolubilmente. La domanda che lungo i secoli ha accompagnato l'uomo occidentale era: "poiché è stata la nostra libera volontà a porre il vincolo, non potrebbe la stessa libera volontà scioglierlo?". È il problema dell'indissolubilità del matrimonio in relazione alla libertà dei coniugi.

La tematica è assai complessa. Procederò nel modo seguente. Nella prima parte cercherò di descrivere l'esperienza ed il concetto di libertà presentinella modernità occidentale. Spiegherò subito perché parto da questo. Nella seconda parte esporrò brevemente la dottrina cristiana del vincolo coniugale e le sue implicazioni filosofiche-antropologiche. Terminerò con alcune riflessioni conclusive.

1. LA LIBERTÀ' nella MODERNITÀ'

L'idea e l'esperienza di libertà che viene sviluppata e vissuta nella modernità, hanno posto in maniera assolutamente nuova il rapporto matrimonio-vincolo matrimoniale e libertà. Il tempo ragionevole di una conferenza mi chiede di essere molto schematico.

Penso che l'inizio della libertà dei moderni sia stato posto o comunque espresso colla massima chiarezza da un famoso teologo spagnolo, Luis Molina [Cuenca 1536-Madrid 1600]. Egli definisce la libertà considerata nella sua più alta espressione, la scelta, come **indifferenza** nei confronti di ciò che posso scegliere. Fate bene attenzione a non pensare l'indifferenza di cui parliamo, come ad un'attitudine etica: "sei indifferente di fronte alla miseria del prossimo", per esempio. Questo termine definisce la *natura* della libertà di scelta. << Piena manifestazione della libertà è poter scegliere indifferentemente –cioè "arbitrariamente"- tra X e Y>>[C.Vigna (a cura di), *La libertà del bene*, Vita&Pensiero, Milano 2010, pag.186]. Si faccia bene attenzione, perché si tratta di una vera svolta. Per renderci conto, facciamo un breve confronto con il concetto che di libertà di scelta aveva Tommaso d'Aquino, anche in questo erede di tutta la Tradizione dei Padri della Chiesa.

Per Tommaso la radice della libertà di scelta non consiste nel fatto che essa sia *originariamente* indifferente nei confronti degli oggetti della scelta possibile. La libertà si radica nel fatto che la persona umana è naturalmente orientata al Bene Sommo, e non trova fra i beni finiti e limitati ciò che naturalmente cerca. La libertà di scelta manifesta l'emergenza, la superiorità della persona nei confronti di tutto il mondo creato, sopra ogni bene contingente, poiché la persona è destinata al Bene Eterno. Nessun bene la può muovere ad agire: essa si auto-determina alla scelta. Ma ciò non significa che essa sia neutrale. Vi sono oggetti ordinabili al Bene ultimo, e la persona è orientata *naturalmente* ad essi; vi sono oggetti non ordinabili al Bene Sommo.

La necessità del nativo orientamento verso il Bene Somo non distrugge la libertà, ma la rende possibile. Fino al punto che nella vita eterna, nella visione immediata di Dio, necessità e libertà coincidono: i beati non possono non amare Dio che vedono; ma restano sovraneamente liberi di amare Dio.

Quando la nuova idea di libertà nasce? Quando si nega qualsiasi orientamento *naturale* a Dio; quando si nega che la direzione della persona abbia un senso *pre-ordinato*. La libertà è in se stessa priva di orientamento.

A questo punto qualcuno potrebbe chiedere: se questa è la mia libertà, perché non devo uccidere un innocente, non devo commettere un adulterio, dal momento che essere liberi significa essere indifferenti ad ogni condotta possibile? La risposta è: perché Dio lo proibisce. L'altra faccia del concetto nuovo di

libertà è il concetto volontaristico della legge divina. E' la legge a togliere l'indifferenza nativa della libertà, a vincolare le libertà. Libertà e legge sono inversamente proporzionali.

Oggi questa svolta ha trovato la sua configurazione concettuale definitiva, perché ha portato al traguardo la sua intima logica. Questo traguardo può essere descritto nel modo seguente: la separazione (dell'esercizio) della libertà dalla verità circa il bene/male della persona come tale. E' stato il grande Pontefice S. Giovanni Paolo II nell'Enciclica *Veritatis splendor* a richiamare l'attenzione, soprattutto de Vescovi, su questo da lui giudicato il *cuore* del dramma dell'uomo moderno. Mi fermo un momento.

La legge morale benché normalmente sia espressa in termini prescrittivi, in realtà essa dice la verità circa il bene/il male della persona. Possiamo dire: la legge morale esprime la verità della persona umana, affidata alla libertà [*veritas agenda/veritas practica*].

Se si nega questo rapporto intrinseco della libertà colla verità, si vive l'esperienza della libertà come un itinerario privo di meta: un vagabondaggio e non un pellegrinaggio. Si capisce allora come Sartre abbia potuto scrivere che siamo *condannati* ad essere liberi.

Se si nega il rapporto libertà-verità, la libertà è continuamente esposta a qualsiasi violenza. Uscire dal rapporto colla verità vuol dire uscire da se stessi, andare in esilio lontani da se stessi, alienarsi. Al potente di turno non abbiamo più alcun confine da mostrare, che non sia lecito a nessuno oltrepassare. L'esistenza nella persona di un nucleo intangibile è uno dei grandi significati del martirio.

Giunti a questo punto della nostra riflessione, provate a riprendere l'affermazione da cui siamo partiti: il consenso libero matrimoniale pone in essere un vincolo indisponibile agli sposi che l'hanno costituito. Provate ad inserirla nel contesto del concetto e dell'esperienza di libertà separata dalla verità, che la modernità è andata configurando, e comprenderete subito che quella affermazione, dentro questo contesto, diventa semplicemente impensabile. Il principio fondamentale infatti che regola oggi l'istituto del divorzio può essere formulato nel modo seguente: **siamo sposi se e fin tanto che decidiamo liberamente di esserlo.**

Questa è una delle principali manifestazioni più inequivocabile di quella tirannia del presente, dell'istante presente, che ci ha fatto perdere il passato, cioè la memoria, e ci impedisce di guardare al futuro, cioè di sperare.

Se non erro, il primo a teorizzare questo modo di pensare il rapporto della libertà con il proprio stato di vita, è stato Lutero, parlando dei voti religiosi [cfr. D.C.Schindler, *The crisis of marriage as a crisis of Meaning. On the sterility of the modern Will*, in Communio, Summer 2014, pagg.336-344].

2. VINCOLO MATRIMONIALE E LIBERTA' nella DOTTRINA DELLA CHIESA

In questa seconda parte della mia riflessione vorrei presentarvi la dottrina della Chiesa su matrimonio e libertà.

Parto dalla dottrina cristiana cattolica sul vincolo coniugale, ponendomi una domanda: perché il vincolo coniugale non è a disposizione di chi con libero consenso lo ha creato? La risposta è: perché è una realtà sacramentale. I teologi dicono: è una *res et sacramentum*. Che cosa significa?

Per comprendere, occorre che si abbia presente una verità di fede secondo la quale, mediante e nei sacramenti è *Cristo stesso che agisce*. **I sacramenti sono azioni di Cristo.** La persona umana che celebra, solitamente il sacerdote, è solo ministro di Cristo; cioè una causa strumentale. I Padri della Chiesa amavano ripetere: non Pietro, non Paolo, non Giovanni battezza, ma Cristo. Tutto questo è vero anche del matrimonio fra due battezzati, i quali sono solo ministri del sacramento. Mediante il libero consenso degli sposi, è Cristo stesso che agisce in essi. Che cosa compie?

Cristo costituisce fra i coniugi che celebrano il rito, il vincolo coniugale, in forza del quale la donna diventa sposa di quell'uomo e l'uomo diventa sposo di quella donna. La cosa importante da comprendere è che la causa principale del loro essere marito e moglie non è il loro libero consenso. **La causa**

principale è Cristo; è Lui che li unisce come marito e moglie. Quando dunque Gesù dice: ciò che Dio ha unito l'uomo non separi, le sue parole hanno un significato reale. Dio in Gesù ha agito, e nessuno, Papa compreso, può annullare ciò che Dio ha fatto.

Ma questo non è tutto. I teologi direbbero: questa è la *res*, la realtà del vincolo. Ma il vincolo è anchesacramento, cioè significa un grande Mistero. Il vincolo che Cristo ha prodotto tra i due, è il segno di un vincolo più grande, il vincolo che unisce Cristo e la Chiesa. Cosa vuol dire segno? Vuol dire che il vincolo coniugale partecipa del vincolo che unisce Cristo e la Chiesa; che il vincolo che unisce i due sposi, dimora nel vincolo che unisce Cristo e la Chiesa. È come innestato nel vincolo Cristo-Chiesa. Gesù paragona la sua unità coi discepoli alla vite e ai tralci. E' ciò che accade nel rapporto tra i due sposi e Cristo- Chiesa.

Da questa dottrina deriva che l'indissolubilità del matrimonio non è prima di tutto un'esigenza morale che obbliga la libertà. I due si scambiano una promessa, e le persone oneste mantengono la parola data: *pacta sunt servanda*. Non è prima di tutto una legge divina positiva. E' un dono di Cristo, è una grazia. Ogni grazia poi diventa un compito: è Cristo che vi ha uniti, dunque non dovete più separarvi.

Questa dottrina implica una visione della persona umana, della libertà, della sessualità. Implica un'antropologia, che ora mi propongo di esplicitare.

Tutti coloro che hanno riflettuto su queste problematiche hanno convenuto e convengono che in ogni serio amore coniugale è insito il "PER SEMPRE". Nessun uomo può seriamente rivolgersi ad una donna e dirle: "ti amo con tutto me stesso per mezz'ora". Perché il "per sempre" è intrinseco alla logica dell'amore coniugale? Perché è un'esperienza di appartenenza reciproca di due persone. Ho detto persone. Questo è il punto centrale dell'antropologia implicata nella dottrina cristiana del vincolo coniugale.

Quando dico "persona" parlo di un soggetto spirituale, unito sostanzialmente ad un corpo. E' un io che possiede se stesso in ragione della sua libertà. La persona è sul piano dell'essere ciò che è supremo: non si può essere più che persona. E quindi la persona non può mai essere usata per il raggiungimento di un fine che non sia il bene della persona, poiché non esiste qualcosa di più prezioso che la persona. Se non si intuisce il valore sommo della persona non si comprende nulla del cristianesimo.

Dato il valore sommo della persona, essa può appartenere ad un altro solo *mediante il dono di sé* all'altro. Questa forma di appartenenza ha una specificità che la rende unica. La persona può donare all'altro ciò che ha; può donare *se stessa*. La differenza è fondamentale. La prima forma è quantificabile, misurabile. Ad un povero posso donare 100 o 1000 Euro; posso, se sono medico, mettermi a disposizione della Caritas per esercitare gratuitamente la professione un giorno o tre giorni alla settimana. Ma il "SE STESSO", il proprio io non è quantificabile: o il dono è totale o è nullo. O tutto o niente. L'io è spirito sussistente, e lo spirito non è esteso, non è un quantum che posso misurare.

Questo fatto implica che il soggetto, la persona sia libera, cioè che possieda se stessa [il dono di sé implica il possesso di sé: non si dona ciò che non si possiede], ed implica la capacità di auto-determinarsi.

La persona umana poi è anche il suo corpo, e non semplicemente **ha** un corpo. E' una persona-corpo. Il dono di sé coinvolge anche il corpo, altrimenti non è totale. Il coinvolgimento consiste nel fatto che il corpo è il linguaggio della persona, ed attraverso esso la persona esprime se stessa. Ciò accade in forma eminente nella congiunzione sessuale, nella quale i due sposi diventano una sola carne. La femminilità e la mascolinità sono le due lingue attraverso le quali la persona esprime e realizza il dono di sé. La dottrina cristiana del vincolo implica dunque anche una precisa visione della sessualità umana: è il linguaggio del dono.

Mediante il corpo la persona è collocata dentro il tempo, dentro lo scorrere del tempo. In quanto il vincolo coniugale implica totalità del dono, esso deve assumere il tempo, il trascorrere del tempo. Il "PER SEMPRE" è l'assunzione del tempo nel dono. L'appartenenza dell'un all'altro, creata dal dono di

sé, raccoglie per così dire nell'istante dello scambio del libero consenso tutto lo scorrere del tempo, "fino a quando morte ci separerà". E' questo il significato più profondo del "PER SEMPRE". Nel linguaggio etico si chiama FEDELTA'. E' più che la perseveranza.

Ma come è possibile una tale elevazione della persona sul trascorrere del tempo? E' perché la persona possiede un'identità sovratemporale, da non confondere con la somma dei molteplici stati emozionali che attraversiamo. In termini più tecnici: la nostra vera identità non è costituita dall'io empirico, ma dall'io metafisico. E' in questo che si trova la libertà. Quando parliamo di dono di sé, parliamo del dono della propria persona in questo senso profondo.

La donazione di sé non può infine non essere eminentemente personale: da persona a persona, nell'irripetibilità propria di ciascuno.

Cerco di riassumere quanto ho detto. La dottrina cristiana sul rapporto vincolo matrimoniale-libertà implica un'antropologia. Questa può essere espressa nella seguenti proposizioni.

- 1) La persona umana è un soggetto spirituale –corporeale, che sussiste in se stesso, ed in forza della sua libertà possiede se stesso e si autodetermina
- 2) La persona umana si realizza pienamente nel dono di se stessa [cfr. Conc.Vat.II, Cost.Past.*Gaudium et spes*,24], quale può aversi solo fra persone.
- 3) Il vincolo coniugale, come pensato dalla Chiesa, si radica in questa costituzione ontologica della persona umana.
- 4) La sessualità umana nel suo duplice linguaggio della mascolinità e femminilità è il linguaggio del dono.
- 5) E' nella stessa struttura del dono di sé quale avviene nel matrimonio di essere totale, per sempre, esclusivo.
- 6) La libertà è la capacità di amare, cioè di donarsi.

3. RIFLESSIONI CONCLUSIVE

Se ora voi confrontate le tesi antropologiche suddette e la visione dell'uomo che costituisce il nostro *mainstream* in Occidente, non è difficile rendersi conto che tra le due esiste un contrasto radicale. Contrasto che alla fine può essere espresso nel modo seguente: l'uomo è PERSONA-l'uomo è INDIVIDUO. Non a caso il S. Padre Francesco ha parlato di una guerra mondiale contro il matrimonio.

Non abbiamo ora il tempo di mostrare come la concezione individualista renda impensabile, non solo impraticabile, la proposta cristiana del matrimonio: in se stessa e nei suoi presupposti antropologici. Solo un accenno. Se l'uomo è un individuo, strutturalmente impossibilitato a fare un passo oltre se stesso, vi può essere correlazione con un altro solo nella forma del contratto, il quale per sua natura è sempre rescindibile dalle parti contraenti. Non esiste un vincolo di carattere ontologico fra individui. Parlare di una realtà matrimoniale come il vincolo, che riguarda l'essere stesso della persona, non ha senso.

La Chiesa deve allora accontentarsi di celebrare il matrimonio di coloro che lo chiedono, sempre di meno? No.

Deve porre in atto due strategie. La prima: fare una vera pastorale del vincolo, come chiede il S.Padre Francesco in *Amoris laetitia*. La seconda: mettere in atto un forte processo educativo, nel quale la Chiesa svolga due compiti: uno modesto, l'altro straordinariamente grande.

Il primo consiste nel fatto che la Chiesa diventi come l'ostetrica che fa nascere l'uomo a se stesso. Fa comprendere all'uomo chi è l'uomo. Il secondo consiste nell'aiutare l'uomo a realizzarsi in modo veramente libero e liberamente vero. E questo aiuto sono i mezzi soprannaturali della salvezza, che la Chiesa ha a sua disposizione. ■